

Los art. comunicados y avisos que deseen insertar en el periódico, se remitirán francos de porte al editor del boletín sin lo cual no se recibirán.



Se suscribe á este periódico, que sale los lunes, miércoles y viernes, calle de S. Lázaro n.º 13 á 10 rs. en la capital, y á 12 rs al mes franco de porte.

# BOLETIN LEGISLATIVO

## AGRICOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

### DE GUADALUPE.



#### EL DOLOR DE CABEZA.

Tú eres el decano de todos los males; el mal por excelencia; mal cuyos recónditos é impenetrables arcanos ningún mortal ha podido penetrar aun; mal celeberrimo que tienes de continuo medio mundo sujeto al otro medio; tú eres el mal cuyos recursos conocen mejor las mujeres, y en cuyas cabezas de continuo te estableces. Eres enfermedad sin serlo; no presentas sintoma ninguno y sin embargo la jovialidad mas estrepitosa, cesa al momento en que una bella esclama: *¡me duele la cabeza!*

Podrá ser falso, pero ¿quien se atreve en el globo á desmentir un cráneo temenino, cuyos impenetrables huesecillos desafian al tacto mas fino y delicado? Tú eres la reina de las enfermedades, y el arma mas terrible y graciosa que la mujer puede emplear contra su ridículo marido; el alto funcionario contra el molesto pretendiente; el médico perezoso contra el enfermo imaginario que á deshora de la noche quiere que lo visite; el em-

pleado contra el examen de las cuentas de un pueblo molesto que se obstina en que se le despache pronto, porque dista de la capital treinta leguas; el abogado contra el litigante impertubable que sabe no ha de pagarle sus honorarios; del maestro de escuela contra los bulliciosos muchachos á quien no hai medio de hacer callar; y... ¿pero para que cansarse? Tú eres la daga mas acerada de que pueden usar hombres y mujeres, ricos y pobres, sabios y tontos.

Hai no obstante quien conoce el ardid, pero á pesar de toda su resolucion; de sus racionios; de su propósito bien decidido á arrancar la máscara, todo cede al fin á la majia de: *¡me duele la cabeza!*

Llega con mil trabajos y gastos que no puede sufragar un comerciante arruinado por la delacion injusta de un escribano hambro, que lo confisca todo á pretesto de contrabando que no ecsiste, y con la garantia de aplicarlo al fisco oculta lo que puede, si se verifica, lo hace tarde, mal ó nunca; llega pues mi comer-

ciente al punto ansiado; se desvela y afana por obtener una audiencia del funcionario que ha de decidir de su suerte y de la de su numerosa familia; del empleado que ha de reconocer y proclamar al fin la infamia de la acusacion: llega la hora, cárgase de documentos y piezas justificativas; pónese á la fila de los solicitantes esperando su turno: la casualidad hace que el alto funcionario fije la vista en él; repara en el enorme legajo de papeles, y con disimulo da orden al portero de anunciar á los circunstantes que su gefe acaba de ser atacado por un terrible dolor de cabeza. Nadie murmura: todos se retiran silenciosos exclamando ¡pobre señor! *¡le duele la cabeza!*

Cansado de matar hormigas con los pies por espacio de cuatro dias, que no son necesarios menos para andar 30 leguas, llega á la capital de la provincia el procurador de un pueblo con las cuentas de todo el año. Dale audiencia el portero, personaje sin cuya proteccion nadie entra en el santuario de la oficina: vence al fin este primer obstáculo; presentase ante el empleado encargado de su examen: dá con prosopopeya una ojeada rápida por la cuenta que sumiso le presenta el procurador síndico; y pavoneándose el nuevo Aristarco, falla sin examen que está mal; que faltan puntos para llenar los huecos de los renglones; abrazaderas que comprendan dos ó tres partidas; en fin que es necesario que N.\* que muchas veces es empleado de la misma oficina, las copie. En vano replica el procurador que en su pueblo se entiende mas de cultivar la tierra que de ajustar cuentas segun modelos impresos con puntos, comas y abrazaderas: nada le vale. Dirijese al Fenix de los ajustadores de cuentas: pero ¡oh desgracia! No ha dormido en toda la noche; está malísimo; por

ya entiende el buen procurador lo que esto significa .... *¡le duele la cabeza!*

No se entra, dice con altanera insolencia el jokei de un médico célebre á el lacayo de una gran señora, á quien han prometido despedirle si no lleva al punto, y suele ser media noche, al Hipócrates moderno, para que cure á la dama un dolor fuerte de narices. No se entra: al ruido despierta de su primer sueño el Esculapio, y enterado de la causa del alboroto desusado, manda á su jokei diga al lacayo de la señora, que el mismo se encuentra en el estado mas lastimoso, sin lo cual correría á su socorro pero que.... *¡le duele la cabeza!*

Ayer leimos varios amigos en casa del primer ministro una excelente memoria de N.\*\* ideas luminosas; bases exactas de económica administración; destruccion de gabelas y socalicañas con que se grava á los pueblos para engruesar á media docena de holgazanes; pero falta la disminucion de los sueldos de ciertos empleados que acumulan dos ó tres, y la reduccion de las manos subalternas que complican el curso de los negocios sin utilidad del erario y en perjuicio de los contribuyentes. No es extraño, replica alguno de los circunstantes, tuvo que terminar en poco tiempo la memoria, y al ir á tratar en ella de las economias que usted indica, le dió tal dolor de cabeza que hubo de acabar de cualquier modo; Pobre N.¡ con que se puso malo! exclaman los tertulios! *¡Y se sabe si hoy le duele la cabeza?*

¿Que papeles son esos pregunta un jurisconsulto á su escribiente? El proceso de N.\*\*\*-Es tan tenaz, tan impertérrito litigante que.... y despues tan pobre.... la causa: asi, asi.- Señor, entra diciendo el escribano, D. N.\*\*\* me sigue. Entra el terrible pleitista, reconviene por su indiferencia, al abogado: este lo escucha con

sado de repetir por la millonésima vez el fondo del pleito, el letrado le contesta con negligencia. - Amigo, tiene usted razón, pero hace días que no salgo de casa; no puedo abrir los ojos; me duele la cabeza. El litigante varia de tono, se complace y sale diciendo: *le duele la cabeza.*

El día esta bueno, y la caza será excelente se levanta de la cama diciendo un maestro de escuela. - Pero ¿y la lección de los niños, le replica su mujer? Para todo hai remedio. Dan las 8, el enjambre muchachil comienza á poblar los bancos; un susurro que se aumenta gradualmente reemplaza en la escuela el silencio que poco antes reinaba; el maestro, á quien con tal que se le pague puntualmente por la villa, nada le importan los adelantos de sus discípulos, dice con voz desmayada, callad niños, me duele la cabeza. Como por encanto cesan de repente las vocecitas melifluas. El maestro entra en su habitación: prepara sus chismes de caza; sálese por la puerta falsa del corral, y cuando lo considera algo distante, su mujer anuncia á los discípulos impacientes que el señor maestro tiene un terrible dolor de cabeza, que se vuelvan á sus casas: y los niños saltando de gozo, porque no conocen el valor del tiempo perdido, dicen á cuantos encuentran: no hai escuela *porque*, al Sr. maestro, *le duele la cabeza.*

Pero es imposible pasar estas cuentas ¿Que tienen? - Una friolera: según el reparto presentado y aprobado por quien de derecho, hai mil y quinientos reales que... - Ya; pero V. sabe... cuando el escribano las formó y el ayuntamiento las firmó contaron con que... - Sí, pero la real orden, y luego el presidio... - Que no lo entiende V.: mil reales para las cuchipandas del pueblo... - ¿Y los quinientos restantes...? - Para comprar una sava al ama? - Pero hombre, y la

superioridad que vigila... - Si, pero co decir que el oficial aprobante se distrajo que le dolía la cabeza - Si; pero en Paris no hai eso. - Bueno, se paga y se cargan en seguida cuatro mil al primer pueblo que caiga. - ¿Y si lo descubren.? - Estaba achaquiento el pobre empleado, y cuando ecsaminó los repartos; le dolía tanto la cabeza... Ya, ya estoi: *¡le duele la cabeza.!*

¿Y N.\*\*\*? - No ha venido. - Hai un expediente urgente: que vaya el portero. Sale con efecto este, va á casa del empleado, y él que contaba con esta visita domiciliaria se encuentra encima de la cama, bien arropado, las ventanas cerradas todo en el mayor silencio. Tras, tras, á la puerta llaman, abre la criada, y si no la hai, la mujer. - ¿Y el Sr. N.\*\*\*? - Mui malito con un espantoso dolor de cabeza. - El jefe me ha dicho que vaya á la oficina? - Imposible suba V. Así se verifica, y despues de entrar de puntillas el buen portero, corre á anunciar el mal del Sr. empleado. Dan las once; llega el pobre lugareño que espera la resolución de su expediente. Grita, clama, contra la incuria de la oficina que le hace gastar inutilmente. Créese taparle la boca diciéndole el Sr. N. que ha de despacharle está con un dolor de cabeza infernal. - Yo, replica, le he visto que ahora mismo iba con su cañita á pescar; pero puede ser: aguardaré. ¿Diga V.? al fin del mes le decontarán los perjuicios que me causa y los días de enfermedad.? - ¿Quien ha visto que se rebaje el sueldo porque á uno *le duele la cabeza.*

El baile va á comenzarse en casa del comerciante N.\*\*\* Todo lo mas principal de la Ciudad está convidado á él. Las elegantes y elegantes pueblan el vasto salón colgado con gusto: los músicos comienzan la discordante armonia que forma en sus distintos instrumentos el acto indis-

pensable de temprarlos ante el agosto areópago:— ¿Quién es aquella linda jóven que cabizbaja está en aquel rincón? pregunta un conocido á otro de los de la concurrencia. — La hija de D. N. — ¿Qué bien prendida que está? — Su padre es rico. Esta jóven objeto de la anterior conversacion hace una hora que espera con ansiedad la llegada de cierto caballarete que no parece. A medida que el tiempo vuela, un humor negro circula por sus venas: mil aspirantes á lucir con ella en el baile se presentan y la invitan á tomar parte en él. A la quinta *mazurca* todos se admiran de verla inmóvil en la silla: unos á otros se preguntan, y cesa la estrañeza jeneral con la voz mágica que se dicen al oído: *la duele la cabeza.*

Mira, dice á su esposa el marido al salir de casa, hoy viene á comer con nosotros mi buen amigo de colejio y antiguo corresponsal D. N.\*\* de Cadiz. La mujer al oír estas palabras se pone mala; se desmaya y deja caer en un confidente. ¡Ay, Señor! le dice entonces la doncella con todas las señales de la mas profunda admiracion; la señora tiene un dolor horrible de cabeza; jamas la ví tan mala; mejor hariais en ir á llamar el doctor de casa. — Voi allá, responde el compunjido marido, mi amigo vendrá á comer otro dia, puesto que hoy *la duele la cabeza.*

Una hermosa jóven, indolentemente reclinada sobre una mullida otomana, descansando blandamente su cabeza sobre un rico almohadon, con la mano colgando, un libro á sus pies, una taza de té sobre un movible velador.... Dando vueltas en torno de esta nueva odalisca un hombre pequeño, patiestevado, nariz apapagayada, cargado de espaldas y de navidades, menudeando los paseos por el cuarto, sin atreverse á abrir la boca: al fin se para de

te duele la cabeza? Al oír semejante blasfemia, la macilenta jóven levanta con trabajo su marchita cabeza, despues un brazo que en seguida deja caer con notable inanimacion sobre la otomana: despues fija los ojos amortiguados en el techo: un momento despues mira á su envejecido marido, abatida y mustiamente, arquea las cejas y inmudece. ¿Pero que lenguaje tan elocuente para un esposo amartelado? ¿Quién será tan desapiadado que dude de los fatales efectos del dolor de cabeza? sale el marido en puntillas de la habitacion, y á su regreso halla que el criado le dice que la señora no está en casa. En este instante entra ella misma fresca, rozagante colorada. — Vino el médico.... me aconsejó que hiciera ejercicio, y.... *no me duele la cabeza.*

El dolor de cabeza hace toda especie de papeles en el seno de las sociedades, y es por cierto un tema sobre el cual hombres y mujeres saben hacer admirables variaciones: se desarrolla en todos los tonos: el dolor de cabeza ataca cuando quiere, donde quiere y el tiempo que quiere. Los hai de dias, de minutos, periódicos, intermitentes.

¡O dolor de cabeza! ¡protector de todos los vivientes; de todos los lances de amor, interés y fortuna: censo conyugal escudo en el que se estrellan todas las esperanzas mas bien combinadas! ¡Poderosísimo dolor de cabeza! ¿Es posible que hombres y mujeres de todos estados y condiciones no te hayan erigido altares, celebrado, divinizado y personificado? ¡Oprobio al torpe médico que hallase un preservativo para tí! Sí, tu eres el único mal de que nadie de los que le padecen se queja, por agradecimiento sin duda á los bienes que procuras! ¡O falaz dolor de cabeza! ¡O oportuno dolor de cabeza que me impides seguir elojándote, por